

perio romano. Los numerosos cultos místicos habían incubado esa idea con especial predilección como si fuese el huevo más fecundo de su poder. Epicuro creía que no era dable hacer nada mejor en obsequio de nuestros semejantes que extirpar hasta las raíces de esa creencia; su triunfo halló el eco más bello en boca de un discípulo de su secta, discípulo sombrío, pero que se abrió paso á la claridad: el romano Lucrecio. Mas ¡ay! su triunfo vino demasiado pronto; el cristianismo tomó bajo su protección la creencia en los terrores de la Estigia que se marchitaban ya, y lo supo hacer bien. ¿Cómo sin ese golpe de audacia en pleno paganismo hubiese podido vencer la popularidad de los cultos de Mitra y de Isis. Así puso de su parte á las gentes medrosas, que son los adeptos más entusiastas de una fe nueva.

Los judíos, que eran y son un pueblo apegado á la vida como los griegos, y más todavía que los griegos, habían cultivado poco esta idea. La muerte definitiva como castigo del pecador, la muerte sin resurrección como última amenaza bastaba para impresionar suficientemente á estos hombres singulares que no querían prescindir de su cuerpo, pero que con su *egipticismo* refinado querían salvarse para toda la eternidad. (Un mártir judío del que se habla en el segundo libro de los Macabeos, no piensa en renunciar á las entrañas que le han arrancado; quiere tenerlas á mano cuando resuciten los muertos; esto es muy judío.) Los primeros cristianos estaban muy lejos de la idea de las penas eternas; creían haber sido librados de la muerte y esperaban de día en día una metamorfosis y no una muerte. ¡Qué extraña impresión debió de producir el primer fallecimiento entre estas gentes que estaban á la espera! ¡Qué mezcla de asombro, de alegría, de

duda, de pudor y de pasión! Hay ahí verdaderamente un asunto digno del genio de un gran artista. San Pablo no acertó á decir cosa mejor en elogio de su Salvador, sino que había abierto á los hombres las puertas de la inmortalidad; no creía todavía en la resurrección de los que no habían sido salvados; más aún: por efecto de su doctrina de la ley imposible de cumplir y de la muerte como consecuencia del pecado, sospechaba que hasta entonces nadie se había hecho inmortal (á excepción de un corto número de elegidos, por la gracia y sin méritos); entonces era cuando la inmortalidad empezaba á abrir sus puertas y pocos elegidos tenían acceso; el orgullo del que había sido elegido no podía menos de añadir esa restricción.

En otras partes donde el apego á la vida no era tan grande como entre los judíos y entre los judeo-cristianos, y donde la perspectiva de la inmortalidad no parecía á primera vista más preciosa que la perspectiva de la muerte definitiva, el complemento, pagano en verdad, pero no del todo antijudío, del infierno, se convirtió en instrumento eficaz en manos de los misioneros. Entonces nació la nueva doctrina de que el pecador y el no redimido son también inmortales, la doctrina de la condenación eterna, y esta doctrina fué más poderosa que la de la muerte definitiva que comenzó á empalidecer desde entonces. La ciencia ha tenido que renovar la conquista de esta idea, rechazando al mismo tiempo toda otra representación de la muerte y toda especie de vida ultraterrena. Nos hemos empobrecido perdiendo una cosa importante: no contamos ya con la vida *post mortem*. Esto es un indecible beneficio demasiado reciente todavía para ser considerado como tal en el mundo entero. Y he ahí cómo Epicuro triunfa otra vez.

73. *¡Por la verdad!*—La verdad del cristianismo se demostraba por la conducta virtuosa de los cristianos, por su firmeza en el dolor, su fe inquebrantable, y, sobre todo, por la difusión y acrecentamiento de aquél á pesar de todas las persecuciones. ¡Todavía habláis así hoy! ¡Da lástima! Enteraos de que nada de eso prueba nada ni en pro ni en contra de la verdad; de que hay que demostrar la verdad de otro modo que la veracidad, y de que esta última no es, en modo alguno, un argumento en favor de la primera.

74. *Segunda intención cristiana.*—Los cristianos de los primeros siglos, ¿tendrían, por lo general, este pensamiento recóndito? Vale más persuadirse de que uno es culpable que persuadirse de que es inocente, pues no se sabe nunca cómo se hallará dispuesto un juez tan poderoso (Dios), y es de temer que espere no hallar más que culpables que tengan conciencia de su culpa. Dado su gran poder, más fácil es que indulte á un culpable que no que confiese que el hombre que se presenta ante él obró derechamente. Tales eran los sentimientos que experimentaban las gentes humildes de una provincia ante el pretor romano. «Es demasiado orgulloso para que nosotros podamos atrevernos á alegar en su presencia que somos inocentes.» ¿Por qué no había de reaparecer este sentimiento cuando los cristianos quisieron representarse al juez supremo?

75. *Ni europeo ni noble.*—Hay algo de oriental y de femenino en el cristianismo. Lo revela, refiriéndose á Dios, el pensamiento de que «quien bien ama bien castiga», pues las mujeres de Oriente consideran el castigo y la severa clausura de su persona como un

testimonio del amor de su esposo, y se quejan cuando les falta este testimonio.

76. *Pensar mal es hacer malos.*—Las pasiones se tornan malas y pérfidas cuando se las considera de un modo pérfido y malo. Así es como el cristianismo consiguió convertir á Eros y Afrodita—potencias sublimes susceptibles de idealidad—en genios infernales y espíritus corruptores, creando en la conciencia de los fieles, á cada excitación sexual, remordimientos que llegaban á ser un verdadero tormento. ¿No es espantoso transformar sensaciones necesarias y naturales en una fuente de miserias interiores, haciendo de esta suerte que esas miserias interiores, las padezcan necesaria y regularmente todos los hombres? Además, aunque esta miseria permanezca secreta, no por eso tiene ralces menos hondas, pues no todos tienen el valor de confesar, como Shakespeare en sus sonetos, su melancolía cristiana en este punto.

Una cosa contra la cual hay que luchar, á la que se debe mantener dentro de sus límites, y aun en algunos casos, quitárnosla completamente de la cabeza, ¿deberá siempre ser juzgada mala? ¿No rendiremos tributo al hábito de las almas vulgares que consideran siempre malo al enemigo? ¿Tenemos derecho para llamar enemigo á Eros? Las sensaciones sexuales, lo mismo que las de piedad y adoración, tienen de particular que al experimentarlas el hombre hace un bien á otro por su propio deleite; y no se encuentran tantas disposiciones benéficas de esta clase en la naturaleza. Justamente una de ellas ha sido calumniada y corrompida por las intranquilas conciencias, puesto que se asimila la procreación del hombre á la mala conciencia.

Esta diabolización de Eros ha tenido al cabo un desenlace de comedia. El «demonio» Eros se ha tornado poco á poco más interesante para los hombres que los ángeles y los santos, gracias á los secretos y al aire misterioso de la Iglesia en todas las cosas eróticas. Gracias á la Iglesia, los *negocios de amor* han llegado á ser el único interés verdadero común á todas las esferas sociales—con una exageración que hubiera parecido incomprensible en la antigüedad—y que llegará día en que produzca risa. Toda nuestra poesía, todo nuestro pensamiento de arriba abajo está caracterizado por la importancia extraordinaria que se concede al amor, considerado siempre como el negocio principal. Acaso por efecto de este juicio la posteridad hallará en toda la herencia de la civilización cristiana algo de ruin y de loco.

77. *Los tormentos del alma.*—Todo el mundo pone el grito en el cielo por el menor tormento que alguno haga padecer á un cuerpo ajeno; la indignación contra el hombre capaz de acción semejante, estalla espontáneamente; temblamos sólo al figurarnos los tormentos que se podrían aplicar á un hombre ó á un animal, y nuestra impresión se nos hace insoportable cuando oímos hablar de un acto de esta clase. Pero estamos muy lejos de experimentar los mismos sentimientos respecto de los tormentos del alma, no obstante lo que tienen de espantosos. El cristianismo los ha puesto en práctica en proporción insólita, y predica todavía este género de martirio, llegando hasta á quejarse de desafección ó de tibieza cuando da con un estado de alma libre de estos tormentos.

De todo esto se infiere que la humanidad se conduce todavía frente á las hogueras espirituales, á los

tormentos del alma y á los instrumentos de tortura, con la misma paciencia y la misma vacilación medrosa que mostraba antiguamente respecto á las crueldades cometidas sobre los cuerpos de los hombres y de los animales. A la verdad, el infierno no ha sido una palabra vana; y á los temores reales y positivos del infierno, que con él fueron creados, ha correspondido una nueva clase de caridad, una horrible y pesada compasión desconocida antes, hacia los seres irrevocablemente condenados; á la compasión que manifiesta, por ejemplo, el convidado de piedra hacia D. Juan, y que durante los siglos cristianos ha debido de hacer llorar muchas veces hasta á las piedras. Plutarco nos presenta una sombría imagen del hombre supersticioso dentro del paganismo; mas esta imagen se vuelve anodina si la ponemos en parangón con el cristiano de la Edad Media, que presumía no poder librarse de los *tormentos eternos*. Veía éste aparecer ante sus ojos espantosos presagios: cuándo una cigüeña que llevaba una culebra en el pico y vacilaba en tragarla, ó bien veía palidecer toda la naturaleza y pasar sobre el suelo ráfagas inflamadas, ó bien se le aparecían los fantasmas de sus padres muertos con semblantes en que se observaba la huella de dolores horribles. Otras veces las oscuras paredes de la alcoba en que duerme el pecador se iluminan, y entre amarillentos vapores se dibujan instrumentos de tortura y se agitan enjambres de serpientes y de demonios. ¡Qué espantosa morada supo hacer de la tierra el cristianismo, con sólo exigir que hubiera en todas partes crucifijos y considerar al mundo como un lugar en que el justo es atormentado hasta la muerte! Cuando el fervor de un gran predicador presentaba en público los secretos dolores del individuo, los tormentos de la

morada solitaria; cuando, por ejemplo, un Whitefield predicaba como un muerto á los muertos, llorando á raudales unas veces, hiriendo el suelo violentamente con el pie otras, hablando con pasión, en tono brusco é incisivo, sin temor de dirigir todo el peso del ataque contra una persona determinada, rechazándola de la comunidad con excesiva dureza, parecía como que la tierra iba á transformarse en un campo de maldición. Se vió á los hombres que habian acudido en masa, unos tras otros, atacados de accesos como de locura; muchos sentían calambres de angustia, otros yacían desvanecidos y sin movimiento; algunos temblaban violentamente ó bien el ruido estridente de sus gritos atravesaba los aires por espacio de horas enteras. Por todas partes la respiración anhelante de personas medio estranguladas que aspiran el aire con ruido. «En verdad, dice un testigo ocular de este sermón, todos los sonidos que se escuchaban parecían producidos por los amargos *dolores de los agonizantes*.»

No olvidemos que el cristianismo fué quien hizo del lecho mortuario un lecho de martirio, y que las escenas que desde entonces se vieron, los acentos aterradores que por primera vez fueron posibles, han emponzoñado de presente los sentidos y la sangre de innumerables testigos, y en cuanto á lo por venir los de sus hijos. Figuraos un hombre sencillo que no puede borrar de su memoria el recuerdo de palabras como estas: «¡Oh eternidad! ¡Ojalá no tuviera yo alma! ¡Ojalá no hubiese nacido! ¡Estoy condenado, perdido para siempre! Hace seis días hubierais podido ayudarme. Pero hoy ya no hay remedio. Pertenezco al diablo, tengo que seguirle al infierno. ¡Ablandaos, pobres corazones de piedra! ¿No queréis ablandaros? ¿que más se puede hacer por corazones de piedra? Me

he condenado para que vosotros os salvéis. ¡Miradle, sí, miradle! Ven, demonio, ven!»

78. *La justicia vengadora*.—La desgracia y la culpa han sido pesadas por el cristianismo en la misma balanza, de modo que, cuando la desdicha que sigue á una falta es grande, involuntariamente se mide por ella la magnitud de la culpa pasada. Mas ésta no es una evaluación antigua. Por eso la tragedia griega, donde tanto se habla de desgracias y culpas, aunque en otro sentido, figura entre las grandes emancipadoras del espíritu en una proporción que ni los mismos antiguos podían comprender. Fueron éstos lo bastante indiferentes para no ocuparse en señalar una relación adecuada entre la culpa y la desgracia. La culpa de sus héroes trágicos es el guijarro que les hace tropezar, por donde acontece que se quiebran un brazo ó se saltan un ojo; el sentir antiguo decía en vista de ello: «¡Sí, debió caminar con un poco más de precaución y menos orgullo!» Pero estaba reservado al cristianismo decir: «Detrás de esa gran desgracia tiene que haber oculto un gran pecado, un pecado tan grande como la desdicha acaecida, aunque no podamos descubrirlo claramente. Si no lo comprendes así, desgraciado, es que tu corazón está endurecido y te sucederán cosas peores todavía.»

Hubo en la antigüedad desgracias verdaderas, desgracias puras é inocentes; sólo ante el cristianismo todo castigo se tornó castigo merecido. El cristianismo hace padecer á la imaginación del que padece, de modo que la menor molestia provoca en la víctima el sentimiento de ser moralmente reprehensible y aun réprobo. ¡Pobre humanidad! Los griegos tenían una palabra particular para expresar el sentimiento de

protesta que les inspiraba la desgracia de los demás; en los pueblos cristianos este sentimiento estaba prohibido; por eso no pudieron dar nombre á ese hermano, más varonil, de la compasión.

79. *Una proposición.*—Si, como dicen Pascal y el cristianismo, nuestro yo es siempre odioso, ¿cómo podemos admitir y consentir que alguien—Dios ó los hombres—le ame? Sería contrario á todas las conveniencias dejarse amar cuando se sabe de fijo que no se merece más que odio, por no hablar de otros sentimientos defensivos. «Pero ese es el reino de la gracia», se dice. ¿Vuestro amor al prójimo es entonces una gracia? ¿Vuestra compasión es una gracia?

Pues bien; si eso es posible, dad un paso más y haced la gracia de amaros á vosotros mismos. Así, no tendréis necesidad de vuestro Dios, y todo el drama de la caída y de la redención se desarrollará en el interior de vosotros mismos hasta el desenlace.

80. *El cristiano compasivo.*—La compasión cristiana ante el dolor del prójimo tiene su reverso: la profunda suspicacia ante las alegrías del prójimo, ante el júbilo que causa al prójimo todo lo que quiere y todo lo que puede.

81. *La humanidad del santo.*—Un santo extrañado entre los creyentes, no acertaba á soportar el odio constante de estos al pecado. Al fin, acabó por decir: «Dios ha creado todas las cosas menos el pecado: ¿qué tiene de particular que no lo crease, puesto que no lo quiere? Pero el hombre ha creado el pecado, ¿rechazará á ese hijo único, sólo porque desagrade á Dios, abuelo del pecado? ¿Es esto humano? Al César

lo que es del César, ¡pero el corazón y el deber habrán de hablar primero en favor del hijo y después, sólo después, en honor del abuelo!

82. *El ataque intelectual.*—«Es menester que arregles esto contigo mismo, pues te va la vida.» Lutero es quien nos habla de esta manera, creyendo ponernos el puñal al pecho. Pero le replicaremos con las palabras de alguien más alto y más circunspecto: «Nos conviene no formar opinión sobre tal ó cual cosa, para ahorrar así inquietud á nuestra alma. Pues las cosas, por su propia naturaleza, no pueden obligarnos á tener opinión sobre ellas.»

83. *¡Pobre humanidad!*—Una gota de sangre más ó menos en el cerebro, puede hacer nuestra vida en extremo miserable y desdichada. Esta gota nos hace padecer más que el águila á Prometeo. Pero esto es todavía más espantoso cuando no se sabe que la gota es la causa y se cree que es el diablo ó el pecado.

84. *La filología del cristianismo.*—Se aprecia lo poco que el Cristianismo estimula el sentido de la probidad y de la justicia, analizando el carácter de las obras de sus sabios. Estos sientan sus hipótesis con tal audacia como si se tratase de dogmas, y rara vez la interpretación de un pasaje de la Biblia les sugiere una perplejidad leal. Continuamente leemos: «Tengo razón, porque así está escrito», y ante impertinencia tan arbitraria en la interpretación de los textos, el filólogo se para vacilando entre la ira y la risa, y se pregunta: ¿es posible? ¿es leal esto, es siquiera decente?

Las deslealtades que se cometen en este punto en

los púlpitos protestantes, la forma grosera en que el predicador, explotando la ventaja de que nadie pueda contestarle, deforma y arregla á su sabor la Biblia, inculcando al pueblo de mil maneras el *arte de leer mal*, cosas son que sólo ignora el que no va nunca á la iglesia ó el que concurre asiduamente.

Y, en suma, ¿qué puede esperarse de los efectos de una religión que, durante los primeros siglos de su fundación, ensayó aquella estupenda farsa filológica en torno al Viejo Testamento? Me refiero á la tentativa de arrebatarse el Viejo Testamento á los judíos, afirmando que no contenía más que doctrinas cristianas y no debía pertenecer más que á los cristianos, verdadero pueblo de Israel, mientras que los judíos no hacían sino usurparle. Hubo entonces un frenesí de interpretación y de sustitución incompatibles con la buena fe. A pesar de las protestas de los judíos, en el Viejo Testamento había de hablarse en todas partes del Cristo y nada más que del Cristo, y particularmente de su cruz. Todos los pasajes en que se habla de madera, de vara, de escala, de rama de árbol, de caña, de báculo, tenían que ser profecías referentes al leño de la cruz; hasta el unicornio y la serpiente de bronce, hasta el mismo Moisés con los brazos extendidos en oración y las lanzas en que se asaba el cordero Pascual, todo eran alusiones y en cierto modo preludios de la cruz. Los que sostenían estas cosas ¿las creían realmente? La Iglesia no ha retrocedido ni ante interpolaciones en el texto de los Setenta (por ejemplo, en el Salmo 96, versículo 10), á fin de dar luego al pasaje ingerido fraudulentamente el sentido de una profecía cristiana. Y es que como se hallaba en estado de guerra, pensaba en el adversario, no en la lealtad.

85. *Sutileza en la penuria.*—No os burléis de la mitología de los griegos, so pretexto de que se parece tan poco á vuestra profunda metafísica. Deberíais admirar á un pueblo, que en este caso particular impuso una parada á su vigorosa inteligencia y que tuvo por mucho tiempo suficiente tacto para huir del peligro de la escolástica y de la superstición sofística.

86. *Los intérpretes cristianos del cuerpo.*—Todos los accidentes que pueden provenir del estómago, de los intestinos, de los latidos del corazón, de los nervios, de la bilis, del licor seminal; todas las indisposiciones, las debilitaciones, las irritaciones, todos los azares de la máquina humana, que nos es tan poco conocida, todo esto lo considera un cristiano como Pascal, como un fenómeno moral y religioso, y se pregunta si la causa debemos atribuirle á Dios ó al diablo, al bien ó al mal, á la salvación ó á la condenación. ¡Qué desdichado intérprete! ¡Cómo tiene que forzar y retorcer su sistema! ¡Cómo tiene que forzarse y atormentarse á sí mismo para conservar la razón!

87. *El milagro moral.*—En la esfera moral, el cristiano no conoce más que el milagro, el cambio repentino de todas las apreciaciones, la renuncia súbita de todos los hábitos, la inclinación inesperada é irresistible hacia personas y objetos nuevos. Considera este fenómeno como una intervención de Dios, le llama el acto de regeneración y le atribuye un valor único é incomparable.

Todo lo demás referente á la moralidad que no guarda relación con aquel milagro se torna indiferente para el cristiano y hasta puede inspirarle temor, en cuanto sentimiento de bienestar ó de orgullo.

El canon de la virtud, de la ley cumplida, se establece en el Nuevo Testamento, pero de manera que resulta el canon de la virtud *imposible*. Los hombres que aspiran aún á la perfección moral deben acostumbrarse, ante semejante regla, á sentirse cada vez más alejados de su fin, deben *desesperar* de la virtud y acabar por *lanzarse al seno* del Ser compasivo. Sólo con esta conclusión pueden tener valor los esfuerzos morales del cristiano; era, pues, indispensable la condición de que tales esfuerzos fuesen siempre estériles, trabajosos y melancólicos, así era como podían servir para provocar ese instante extático en que el hombre asiste al desbordamiento de la gracia y al milagro moral. Con todo, esta lucha por la *moralidad* no es necesaria, pues no es raro que el milagro se haga en el pecador, allí donde más corroe la lepra del pecado. Hasta es más fácil el apartarse del pecado más hondo y arraigado y es más *deseable* también, como prueba evidente del milagro. Explicar el sentido de semejante transformación repentina, de ese paso de la miseria más profunda al más profundo sentimiento de bienestar, desde el punto de vista fisiológico (acaso sea una epilepsia disfrazada), corresponde á los médicos alienistas que tienen ocasiones abundantes de observar milagros de esta clase (por ejemplo, bajo la forma de manía criminal ó manía suicida). El hecho de que en el caso del cristiano *el resultado sea mejor*, relativamente al menos, no basta para crear una diferencia esencial.

88. *Lutero, el gran bienhechor*.—Lo más importante que hizo Lutero fué despertar la desconfianza hacia los santos y la vida contemplativa en general. A partir de su época volvió á abrirse en Europa el

camino que conduce á la vida contemplativa no cristiana y se puso freno al desprecio de la actividad laica. Lutero, que siguió siendo el honrado hijo de un minero, cuando le encerraron en un convento, donde á falta de otras profundidades y de otros filones, descendió al fondo de sí mismo para abrir terribles galerías subterráneas; Lutero se hizo cargo por fin, de que era imposible para él una vida santa y contemplativa, pues la actividad innata que poseía le minaría el alma y el cuerpo. Por mucho tiempo procuró hallar por medio de las mortificaciones el camino que conduce á la santidad, mas acabó por tomar una resolución, diciéndose á sí mismo: «¡No existe verdadera vida contemplativa! ¡Nos hemos dejado engañar! ¡Los santos no valían más que nosotros! Esta era, ciertamente, una manera bien rústica de darse la razón, mas para los alemanes de aquella época era la única adecuada. ¡Cuánto les edificaba poder leer en el catecismo de Lutero: «Fuera de los diez mandamientos, no hay obra que pueda agradar á Dios y las obras espirituales tan ponderadas por los santos son puramente imaginarias.»

89. *La duda como pecado*.—El cristianismo ha hecho todo lo posible para encerrarse en un círculo infranqueable; ha declarado que la duda por sí sola constituía un pecado. El hombre debe ser precipitado á la fe sin ayuda de la razón, por un milagro, y nadar desde entonces en el elemento más claro y menos equívoco; una ojeada hacia la tierra firme, el pensamiento sólo de que acaso se podría existir para algo más que nadar, el menor movimiento de nuestra naturaleza de anfibio, bastan para hacernos caer en el pecado. Conviene advertir que, discurrendo de este

modo, las pruebas de la fe y toda meditación sobre los orígenes de la fe son pecaminosos. Se exigen la ceguera y la embriaguez, y un eterno cántico sobre las ondas en que la razón se ha ahogado.

90. *Egoísmo contra egoísmo.*—¡Cuántos hay que sacan todavía esta conclusión: «La vida sería insoponible si no hubiera Dios», ó como se dice entre los idealistas: «La vida sería insoponible si no tuviese una significación moral!» Luego es necesario que Dios exista ó que haya una significación moral de la vida. La verdad es todo lo contrario. El que se ha acostumbrado á esta idea no desea vivir sin ella, luego es necesaria para su conservación; pero ¡qué presunción supone el decretar que todo lo necesario para mi conservación debe existir en *realidad!* ¡Como si mi conservación fuese necesaria! ¿Qué sucedería si otros experimentasen el sentimiento contrario; si se negasen á vivir bajo las condiciones de esos dos artículos de fe y si, existiendo esas condiciones, la vida no les pareciese digna de ser vivida! Y así sucede ahora.

91. *La buena fe de Dios.*—Un Dios omnisciente y omnipotente que no se cuida siquiera de que sus intenciones sean comprendidas por sus criaturas, ¿será un Dios de bondad? Un Dios que deja subsistir durante millares de años innumerables dudas y vacilaciones, como si no tuvieran importancia para la salvación de los hombres y que, sin embargo, amenaza con las consecuencias más terribles en el caso de que nos engañemos acerca de la verdad, ¿no sería un Dios cruel, que poseyendo la verdad podía asistir friamente al espectáculo que ofrece la humanidad atormentán-

dose cruelmente á causa de ella? ¿Será, sin embargo, un Dios de amor y consistirá todo en que no pudo explicarse más claramente? ¿Le faltaría ingenio para ello ó elocuencia? Esta explicación sería aún más grave, pues entonces podría haberse equivocado en lo que llama su verdad y se asemejaría mucho á un pobre mentecato engañado. Tendría que soportar entonces casi los tormentos del infierno al ver padecer á sus criaturas por toda una eternidad á causa del conocimiento de su persona, y no poder ni aconsejarlas ni socorrerlas más que á la manera de un sordomudo que hace toda clase de señales indistintas cuando su hijo ó su perro se encuentran en un grave peligro. Un creyente desesperado que discurriera así, sería verdaderamente disculpable, si la compasión hacia Dios afligido estuviera más á su alcance que la compasión hacia el prójimo, pues los demás hombres no serían ya sus prójimos si aquel gran solitario fuese el más afligido de todos, el que tuviera mayor necesidad de consuelo.

Todas las religiones llevan el sello de un origen debido á un estado de intelectualidad humana demasiado joven y que no había llegado aún á la madurez; toman demasadamente á la ligera la obligación de decir verdad y es que no tienen idea de *un deber de Dios* para con los hombres: el deber de ser claro y preciso en sus revelaciones.

Nadie tan elocuente como Pascal para hablar del Dios oculto, y de las razones que tiene para permanecer tan escondido y no decir las cosas nunca más que á medias, lo cual indica claramente que Pascal no consiguió jamás tranquilizarse en este punto; pero habla con tanta confianza, que no parece si no que está en los secretos de entre bastidores. Comprendía vaga-

mente que el *Deus absconditus* se asemejaba á algo como la inmoralidad, pero se hubiese avergonzado y hubiese tenido miedo de confiárselo á sí mismo. Por eso hablaba tan alto como el que tiene miedo.

92. *Junto al lecho mortuario del cristianismo.*—Los hombres verdaderamente activos prescinden ahora del cristianismo, y los hombres más templados y más contemplativos del nivel medio intelectual no poseen más que un cristianismo acomodado á las circunstancias, es decir, muy simplificado. Un Dios que, en su amor, lo dispone todo para nuestro bien final; un Dios que nos da y nos quita la virtud y la dicha, de suerte que todo acaba por suceder como convenía que sucediera, sin que haya razón para llevar á mal el curso de la vida ni para acusarla—en una palabra, la resignación y la humildad elevadas á la categoría de virtudes divinas—tal es lo mejor y lo más vivo que del cristianismo subsiste. Mas no se advierte que de este modo el cristianismo ha venido á parar en un vago moralismo; «en lugar de Dios, de la libertad y de la inmortalidad», lo que nos ha quedado es una especie de benevolencia y de sentimiento de honradez, juntos con la creencia de que esa benevolencia y esos sentimientos honrados llegarán á reinar en el universo entero. Es la *euthanasia* del cristianismo.

93. *¿Qué es la verdad?*—¿Quién no se deleitará oyendo las deducciones que hacen los creyentes? «La ciencia no puede ser verdadera porque niega á Dios; luego no viene de Dios, luego no es verdadera, pues Dios es la verdad.» No es en la deducción, sino en la hipótesis primera donde radica el error. ¿Y si Dios no

fuera precisamente la verdad? ¿Y si esto no estuviera demostrado? ¿Y si todo esto se redujera á la vanidad, al deseo de dominación, á la impaciencia, al temor, á la locura llena de arrobamiento ó de espanto de los hombres?

94. *Remedio contra el desagrado.*—San Pablo creía ya que era necesario el sacrificio á fin de aplacar el profundo enojo de Dios por el pecado. Desde entonces, los cristianos no han cesado de descargar sobre alguna víctima el mal humor que se causaban á sí mismos. Ya sea el mundo, ó la historia ó la razón ó la alegría y aun la tranquilidad de los demás hombres, es forzoso que algo, sea lo que quiera, pero algo bueno, muera por sus pecados (aunque sea en efigie).

95. *La refutación histórica es la refutación definitiva.*—Antiguamente se trataba de demostrar que no hay Dios; hoy se demuestra cómo ha podido formarse esa fe en la existencia de un Dios y por qué esa fe ha adquirido cuerpo é importancia; así resulta inútil la contraprueba de que no hay Dios. ¿Qué se adelantaba antiguamente con haber refutado «las pruebas de la existencia de Dios? Siempre subsistía una duda, á saber: si podrían hallarse pruebas mejores que las que acababan de ser refutadas. En aquella época los ateos no conseguían hacer tabla rasa.

96. *«In hoc signo vinces.»*—Cualquiera que sea el grado de progreso alcanzado por Europa en otras esferas, en materia religiosa no ha llegado todavía á la sencillez liberal de los antiguos brahmanes, lo cual prueba que en la India hace cuatro mil años que se meditaba más y se transmitía á los descendientes mayor afición

á meditar que en nuestros días. Aquellos brahmanes creían primeramente que los sacerdotes eran más poderosos que los dioses y, en segundo lugar, que en las prácticas consagradas descansaba el poder de los sacerdotes; por eso sus poetas no se cansaban de glorificar los usos (oraciones, ceremonias, sacrificios, cánticos, melopeas) que consideraban como verdaderos dispensadores de todos los beneficios. Por grande que fuese la cantidad de superstición y de poesía que se mezclaba con esto, no dejaban de ser verdaderos los principios. Un paso más, y se prescindía de los dioses, como hará también Europa algún día. Otro paso hacia adelante, y se podía prescindir igualmente de sacerdotes é intermediarios. Vino un profeta que enseñó *la Religión de la redención por sí mismo* Budha... ¡Cuán lejos está todavía la Europa de este grado de cultura! Cuando, por fin, sean destruidos todos los usos y todas las costumbres en que se apoya el poder de los dioses, de los sacerdotes y los salvadores, y cuando, por tanto, la moral, en el sentido antiguo, muera, entonces vendrá... ¿qué es lo que vendrá entonces? No tratemos de averiguarlo; procuremos antes aprovechar lo que en la India, en medio de aquel pueblo de pensadores, fué considerado ya, hace millares de años, como un mandamiento de la inteligencia. Quizá hay ahora, en los diferentes pueblos de Europa, diez ó veinte millones de hombres que «ya no creen en Dios»; ¿será pedirles demasiado querer que se hagan un gesto, una señal? En cuanto se reconocieran entre sí y se dieran á conocer, serían inmediatamente una potencia en Europa, y, felizmente, una potencia *entre* los pueblos, entre las castas, entre los ricos y los pobres, entre los que mandan y los que obedecen, entre los hombres más inquietos y los más tranquilos y más tranquilizadores.

LIBRO SEGUNDO

97. *Si se obra moralmente, no es porque el obrar así sea moral.*—La sumisión á las leyes de la moral puede ser provocada por el instinto de esclavitud ó por la vanidad, por el egoísmo ó la resignación, por el fanatismo ó la irreflexión. Puede ser un acto de desesperación ó la sumisión á la autoridad de un soberano; en sí no tiene nada de moral.

98. *Los cambios de la moral.*—En la moral se opera un constante trabajo de transformación; los crímenes de consecuencias felices, son la causa de ello. (Incluso, por ejemplo, todas las innovaciones en los juicios morales.)

99. *En qué cosa somos todos irracionales.*—Seguimos sacando siempre las consecuencias de juicios que consideramos falsos, de doctrinas en que ya no creemos; guiándonos por nuestros sentimientos.

100. *Despertar del ensueño.*—Hubo hombres sabios y nobles que creyeron antaño en la armonía de las esferas; hay todavía hombres nobles y sabios que creen en el valor moral de la existencia. Pero se aproxima el día en que esa armonía no será tampoco percepti-